

# INFORME

DE LOS SEÑORES ACADÉMICOS

**A. CAMPION Y P. BROUSSAIN**

**A LA ACADEMIA DE LA LENGUA VASCA**

**SOBRE UNIFICACIÓN DEL EUSKERA**

---

Los abajo firmados, Presidentes de la Sección Tutelar de la Academia de la Lengua Vasca, cumpliendo el encargo a ellos conferido por ésta en su última sesión, dicen:

SEÑORES ACADÉMICOS:

La unificación del euskera, o hablando más concretamente, la adaptación a los menesteres literarios y científicos de una manera de hablar euskeriana uniforme, que equivaldría a la creación de un nuevo dialecto literario, destinado a suplantar, con el tiempo, a los dialectos vulgares actualmente vivos, es, acaso, la más grave de las cuestiones que puedan someterse a los debates y sentencia de nuestra Academia.

Los dialectos literarios, según su nombre lo declara, son el fruto sazonado y hermoso de la cultura literaria, y a menudo obra personal de escritores geniales, aunque oscuros precursores les desbrozasen el campo. Recordemos los nombres de Hô-

meros, de Dante y de Luther, maravillosos ensublimadores de los dialectos rústicos de su patria. Puntualicemos más el inaudito suceso: «¿de qué instrumento se valdrá el Alighieri para vengarse? — pregunta Edgar Quinet en sus *Revoluciones de Italia* —. No será solamente del idioma florentino, sino de una lengua que quiere formar comparando y mezclando los dialectos particulares. El primer beneficio que debió al destierro fué la idea de buscar la *palabra* de Italia. Terrible necesidad la suya: haberse de forjar, él mismo, artificialmente, una lengua que nadie hablaba aún. (p. 97).» Pero dentro del pecho de Dante ardía el genio de la lengua italiana, y el genio es fuerza natural, cuyas operaciones a las de la madre naturaleza se equiparan.

El euskera posee dialectos sin literatura ni Alighieris que hayan sido capaces de crear la *palabra* de Vasconia. De dichos dialectos cuatro son literarios y cuatro rústicos o vulgares. Esto no dice que los vulgares se hallen totalmente huérfanos de documentos literarios, pero su chica importancia hace imposible tener cuenta con ellos.

Los dialectos literarios son el vizcaino, el guipuzcoano, el labortano y el suletino; los rústicos, los dos dialectos navarros (septentrional y meridional) y los dos bajo-navarros (oriental y occidental). Todos ellos se distribuyen en tres grupos, que el insigne P. Bonaparte, autor de la clasificación, señaló con las letras A, B y C (Vid. *Le Verbe Basque*). El grupo A comprende al vizcaino solo, el más homogéneo, compacto y denso de todos, que sobre todos descuella por su masa imponente. Sus tres variedades son tan poco abultadas, que apenas frisan al calificativo de subdialectos. El grupo B refracta su unidad fundamental

en el guipuzcoano, el labortano y los alto-navarros, así como el C en el suletino y bajo-navarro. Las clasificaciones de cosas naturales, rara vez son encajadas fieles de la realidad, la cual suele romper las casillas y mezclar las etiquetas. El P. Bonaparte no ocultó las objeciones que cabía oponer a la suya. Dijo, p. ej.: que el baztanés podría ser mirado, sin inconveniente, como el tercer subdialecto del labortano, cortándole de entre las ramificaciones del alto-navarro septentrional. Afirmó que el alto-navarro septentrional y el bajo-navarro occidental son dialectos esencialmente intermedios que no repugnarían a la notación de subdialectos del alto-navarro meridional y del bajo-navarro oriental, respectivamente. En fin, cualquiera que sea el valor absoluto de la clasificación del Príncipe, vale para entendernos, y la mayoría de los tratadistas virtualmente la aceptan, aunque en algo la modifiquen.

Al euskera literario único, puede llegarse por dos caminos: el uno, recto y llano; el otro, largo, difícil y sinuoso. Y es el primero: la pura prohijación de uno de los cuatro dialectos literarios. Y nos referimos a éstos, puesto que de remediar necesidades literarias y científicas tratamos, y sería insensato desheredar a los que ya recibieron el sello, más o menos rico, de la cultura. Es el segundo, formar el noveno dialecto, ajustando, adornando, puliendo, perfeccionando, completando, acrecentando los elementos formativos dispersos en el habla literaria y rústica, puestos los ojos en el euskera ideal, pintado a las luces de la dialectología comparativa, como Dante los levantó al italiano de su imperial imaginación creadora. El noveno dialecto colmaría los anhelos de los que suspiran por unificar el euskera. Entre la prohijación y la gene-

ración antedichas, se descubre un arbitrio intermedio que consistiría en elegir, a título de base, ejemplar, patrón o como quiera decirse, un dialecto literario y enriquecerle con los despojos que arrebatásemos a los otros, cuidando de compaginar las ganancias con la naturaleza, complexión, temple, índole e idiosincrasia peculiares del dialecto favorecido.

Antes de aquilatar las ventajas e inconvenientes de las tres soluciones presentadas a la opción de la Academia, conviene poner por delante la siguiente observación: dos partes principales componen el organismo de un idioma determinado, a las cuales, sin notoria impropiedad, denominaremos dinámica y estática. Esta es la gramática, aquélla el vocabulario. La personalidad del idioma estriba en sus elementos estáticos. Los dinámicos, de suyo, son variables y movedizos. Aun con un vocabulario infestado de voces exóticas perdura la lengua, pero el desquiciamiento y descomposición de la gramática irremisiblemente la matan. El examen comparativo del vocabulario euskeriano nos enseña que ningún dialecto permanece incontaminado, gozando de pureza absoluta; la infección es mayor o menor, pero aun los más bastardeados suelen retener algunas joyas de la castiza opulencia primitiva que los demás perdieron. Tampoco los dialectos son igualmente copiosos de voces. De aquí dimana el precepto racional de establecer el intercambio léxico, trashumando de los dialectos particulares lo que unos poseen y otros no. Lo que a todos falte lo suplirá el neologismo, usando con tino y sabiduría de las casi inagotables fuentes de la composición y derivación abiertas en nuestra gramática por el genio propio del euskera. El neologismo y el intercambio son a modo de corona-

miento de cualquiera de las soluciones que acepte la Academia para lograr el fin por ella apetecido.

Dilucidado este punto preliminar y común a los arbitrios propuestos, estudiemos éstos según el orden de su enumeración.

Es el primero, elegir uno de los cuatro dialectos literarios y condecorarle con la representación del euskera en las más altas manifestaciones de la vida intelectual y sentimental del pueblo euskaldun. Mas ¿a cuál favorecerle con la preferencia? Si hubiésemos de mirar sólo a la importancia lingüística del dialecto, ni discusión cabría: habríamos de preferir el labortano antiguo u arcaico, teñido de bajo-navarro oriental, y sobre todo, de suletino: el dialecto del Nuevo Testamento de Leizarraga, impreso el año 1571, a pesar de la pobreza inexplicable de su vocabulario, afeado de mil erderismos inútiles, de que le desinfectaríamos mediante el trasiego de los vocablos castizos o correctamente euskerizados desde antiguo, ya que en estas ejecutorias de limpieza de sangre es muy fácil errar, porque los afluentes del caudal léxico euskeriano son muchos y ocultos, y a menudo, impensados; a este dialecto le ennoblece la sin par riqueza de su verbo. ¿Es aceptable esta solución de la dificultad? De ninguna manera: la Academia apetece enseñar al uso público un dialecto que se divulgue y propague, y no es manera adecuada de satisfacer tal deseo, proveerle de un dialecto arcaico que la gente común labortana entiende hoy con dificultad y que los Señores Académicos habrían de estudiar previamente.

Recapitulemos someramente las perfecciones respectivas de los dialectos literarios contemporáneos. El guipuzcoano resplandece por la abundancia de su vocabulario y la regularidad de su verbo, pero el la-

bortano y el suletino conservan mejor que él los sonidos vascos, así como el suletino y el vizcaino descuellan sobre el guipuzcoano por sus gramáticas, que son las más completas de todas, después de la del labortano antiguo. (Vid. Bonaparte. *Remarques sur plusieurs assertions de Mr. Abel Hovelacque*, p. 5).

La solución a la luz de la técnica podrá quedar en balanzas, pero si paramos mientes en las propiedades de la difusibilidad, el platillo cae del lado del guipuzcoano. Dichas propiedades dimanán de la situación central suya. Es, como dijo el P. Bonaparte, a modo del toscano, o del castellano, del vascuence (Id. páginas 5 y 6). Presenta notorias afinidades con todos los dialectos de su grupo: labortano, alto-navarro septentrional y meridional. De hecho le distinguen arrostos invasores; desposee de su jurisdicción al alto-navarro septentrional en los pueblos de Guipúzcoa, donde le hablaban y va infiltrándose intersticialmente en Navarra por la comarca de Cinco Villas y de los valles de Araiz y de la Burunda. El labortano representa un papel análogo entre los dialectos ultra-pirenaicos. Al revés, el vizcaino al occidente y el suletino al oriente de la Euskal-Erri son demasiado divergentes atendiendo a la comunidad euskeriana. Conven-gamos, por ello, que en el caso de la elección de un sólo dialecto, ésta, necesariamente, acumulará sus votos sobre el guipuzcoano o el labortano, más probablemente sobre el primero.

Está bien. Pero cierta duda podría asaltarle a la Academia, antes de la elección, como nos asalta a nosotros: ¿debe elegir? ¿aunque acierte desde la mira teórica o científica, obtendrá el acto de elegir, a la par, los calificativos de justo y cuerdo? Escoger uno de los dialectos es cosa igual a fundar un mayorazgo,

aparejado de carta de ennoblecimiento; los hermanos menores vivirán corroidos por la miseria y morirán obscuramente en el hospicio de los *patûes* plebeyos. Y esa vida y muerte ignominiosas las han de decretar académicos, renegando al mismo tiempo, acaso, de su habla materna. Si la piedad filial de ellos falta, nadie afirmará que no llegue a vocear en los labios indignados del pueblo. ¡Cuánto desengaño! ¡cuánta decepción! ¡qué pena la del patriotismo regional! ¡qué resquemores los del amor propio! ¡qué silbidos los de la envidia! ¡qué gérmenes de nuevas disensiones y de invencibles rebeldías y de acerbos anatemas! Los señores académicos nos miraríamos las caras, recordando los versos del Romancero: *Riñeron los dos hermanos—Y de tal suerte riñeron—Que fuera Caín el vivo—De no ser Caín el muerto*. No: solo delante de la lengua reconstituída, de la *palabra* de Euskaria a estilo de Dante, deben rendir sus armas los dialectos.

Dijimos arriba que las perfecciones y primores de nuestro idioma ancestral están diseminadas dialectalmente. Por tanto, cualquiera que fuera el dialecto elegido será menos perfecto, mirado a la luz de alguna perfección particular, que este o el otro de los repudiados posea. Ilustramos la materia con algunos ejemplos. Los dialectos ultrapirenaicos, la variedad baztanesa y el alto navarro meridional poseen un sufijo agente del plural, que es *ek*. Así, mientras el vizcaino y el guipuzcoano dicen: *gizonák* «el hombre», sujeto activo singular y *gizónak* «los hombres», sujeto activo y pasivo plural, los labortanos y suletinos dicen: *gizonák* «el hombre», sujeto activo singular, *gizonék* «los hombres», sujeto activo plural y *gizónak* «los hombres», sujeto pasivo plural.

El sufijo *ek* coadyuva a la claridad del discurso. El vizcaino y el guipuzcoano carecen de las flexiones verbales de futuro, que el labortano y el suletino disfrutan: *duke*, *düke* «él lo habrá»; *daiteke*, *date* «él será». El vizcaino a los demás dialectos aventaja en formas potenciales: *dai*, *lei* «él lo puede», *daite*, *leite* «él se puede, él se pudiese, él lo pudiese», y en el disfrute exclusivo de un modo consuetudinario *daroa*, *eroian* «él lo suele, él lo solía», *doa*, *yoian* «él se suele, él se solía» y de un futuro de imperativo: *begike* «hágalo él», *bedike*, «sea él» (ideológicamente). Prerrogativa que a su vez adorna al suletino con el optativo del condicional: *ailü*, *ailleza* «ojalá lo haya él; ojalá lo habría él»; *ailitz*, *ailedi* «ojalá sea él, ojalá sería él». Ninguno de los cuatro dialectos literarios dispone de todos los tiempos del modo condicional; el guipuzcoano, el labortano y el vizcaino echan menos el presente que luce el suletino: *lüke* «él lo hubiera», *lizate* «él fuera», pero en el pasado, el vizcaino se hombrera con el suletino: *leuke*, *lüke* «él lo hubiese», *litzateke*, *lizate* «él fuese». El guipuzcoano queda por debajo de todos, al no presentar flexiones que se codeen con las del pasado remoto del labortano, suletino y vizcaino, *zuken*, *zükian* y *leukian*, «él lo hubiera habido»; *ziteken*, *zitekian*, *litzatekian* «él hubiera sido».

Huelga proseguir la comparación por el vastísimo campo de la gramática general del euskera aun sin tener cuenta con las importantísimas y pródidas materias de la fonología y de la lexicografía. Lo dicho demuestra que a la Academia le está vedado, cabalmente cuando anhela la perfección, el atavío y el enriquecimiento del euskera, lanzar por encima de la borda los primores vivos del euskera actual. Esa

determinación implicaría contradicción en sus términos. La lengua unificada será más rica, hermosa y perfecta que cada uno de los dialectos o morirá apenas nacida.

La naturaleza misma de las cosas nos ha traído de la mano a poner los ojos en el segundo de los arbitrios arriba especificados: crear un noveno dialecto, que sería el quinto literario, o en otros términos más significativos: unificar sintéticamente el euskera.

Las dificultades de la empresa son enormes, y no hay por qué ocultarlas, siendo, como somos, vascos, hijos de una raza acostumbrada a vencerlas. Nos encontramos en el caso de suplir la espontánea fuerza genial de un gran escritor, en la que actúan las direcciones de infalible finalidad hijas de la naturaleza, por las deliberaciones analíticas y las votaciones, *more parlamentario*, de una Academia, cuyos miembros siguen a diversas escuelas lingüísticas, partidarios éstos de la observación y del método inductivo, enamorados aquéllos de los conceptos lógicos y del método deductivo. Levantar un idioma al predicamento de la perfección que en su línea le corresponda, es labor naturalmente hacedera del genio; pero el genio, patrimonio del individuo, no se da en las corporaciones. Alrededor de una mesa tienen campo abierto los juicios individuales, más o menos fundados y atendibles. Suspende el ánimo la gravedad y variedad de cuestiones que pudieran debatirse entre los que se determinasen por el euskera real y los que propendiesen al euskera ideal, siguiendo las pisadas de no pocos euskeristas modernísimos que manipulan el euskera cual si fuese un sujeto de laboratorio, *anima vilis* de bien intencionadas experiencias.

La unificación del euskera la ha de llevar al cabo

un método comparativo y selectivo que ha de medirse concienzudamente, para que el idioma refaccionado sea unidad orgánica, y no total de una suma, vicio que pocas veces evitan las síntesis artificiales, imaginadas, de ordinario, como pura labor de marquería. Para aminorar — ya que no los suprima completamente — los efectos de nuestro artificio, es indispensable elegir uno de los dialectos literarios vivos, y adaptar a su estructura e índole propias, los perfeccionamientos que de los demás dialectos se tomen, conforme a la solución intermedia antes indicada. De este modo la Academia tendrá en su mano el procedimiento seguro de reducir a la unidad los elementos gramaticales heterogéneos y delante de los ojos un ejemplar lingüístico genuinamente euskeriano que le llamará al orden, si el afán de novedades y perfecciones teóricas la arrastrase a alterar gravemente el genio natural de la individuación del euskera. Aclaremos con un ejemplo lo de la reducción a la unidad. Supongamos que el dialecto elegido por ejemplar sea el guipuzcoano, y que en su conjugación introduzcamos el modo consuetudinario. Supongamos, también, que en virtud de la regla del intercambio dialectal, transportemos a la voz transitiva guipuzcoana el auxiliar vizcaino *eroan* «llevar, soler» y a la intransitiva *yoan* «ir». A estos elementos debemos de reducir el préstamo; todos los demás de la conjugación, que como afijos, infijos y sufijos de diferentes clases y denominaciones se añaden al núcleo verbal significativo, habrán de sacarse de la conjugación guipuzcoana, so pena de que la conjugación unificada sea mosaico de piezas entre sí inarmónicas. Diremos *daroazki* «él los suele», en vez de *daroaz*: *daroayo-daroazkio* «él le suele lo-los», en

vez de *daroako-daroakoz: zeroazun-zeroazkizun* «él te lo solía, te los solía», en vez de *eroatzun-eroatzuzan*, etc., etc. En una palabra, copiando el lenguaje de la química, diremos: la unificación del euskera ha de lograrse por medio de la combinación, no de la mezcla.

La sabiduría y el patriotismo de los señores académicos, que si no siempre piensan igual, siempre *sienten* al unísono, achicarán las dificultades de la unificación del euskera. Mas aun suponiéndolas mayores de lo que son, tampoco a la Academia le queda otro remedio que acometerla denodadamente, puesto que la vida y el perfeccionamiento de la lengua vasca, fines primordiales de nuestra institución científica y tuitiva, dependen de ella.

Varias causas producen la postración en que ha caído el euskera, cuyos efectos disolventes acelera el curso del tiempo. De ellas nos parecen las principales:

a) La esquivéz o menosprecio con que las clases altas le miran. No es éste el único mal ejemplo que esas clases dan al vulgo. «El pescado comienza a podrirse por la cabeza», enseña un proverbio lapón o ruso del mar de Azor que rebosa de filosofía. La masa del pueblo imita siempre a las clases que están sobre ella: clero, aristocracia, burguesía, ora hablemos del idioma, ora de las prácticas religiosas, ora del traje, ora de los usos sociales. La imitación es ley efficacísima del desenvolvimiento social, puesta de bulto, singularmente, por Bagheot y Tarde. El idioma ancestral, reducido al comercio de labradores y pescadores, se empobrece y entosquece y va degenerando en un *patué* casi indefenso para arrostrar la lucha por la vida que riñen las lenguas.

b) El servicio militar obligatorio que mezcla in-

justamente a los soldados vascos con gentes de otras lenguas contaminadoras de la de ellos, y el absurdo sistema escolar que la destierra de la enseñanza mantenida con dinero vasco.

c) La multiplicidad de dialectos, sub-dialectos y variedades que dificulta la mutua comunicación y trato entre los naturales de los diversos territorios vascos, obligándoles a servirse, supletoriamente, del castellano y del francés, cuando las diferencias dialectales son muy hondas.

d) La pobreza creciente del vocabulario euskérico, comparado al de las lenguas vecinas del euskera. Nuestra lengua patria, en su estado actual, no puede expresar castizamente todas las ideas que los idiomas cultos expresan. Necesitamos cientos y aun miles de neologismos. El euskera los formará de su propia sustancia, sin acudir al griego, como es costumbre inveterada de los idiomas europeos.

O la lengua vasca se unifica, haciéndose capaz de expresar inteligiblemente para todos los naturales de la Euskal-Erri, desde Züberoa a Bizkaya, las ideas y los sentimientos de la cultura vasca, actual y venidera, mediante la fusión de todos los elementos gramaticales *ad hoc*, diseminados por los dialectos literarios y vulgares, y mediante el trasiego léxico dialectal y los inventos del neologismo, o degenerando irredimiblemente en *patué* el euskera, perece. Esta es la disyuntiva. ¿Puede titubear la Academia?

Al oficio suyo, además de limpiar, fijar y hermo-sear el euskera, corresponde el de ampararle de los enemigos interiores y exteriores que laborean contra su vida. Cuáles son éstos, acabamos de enumerarlos. No a todos alcanza la jurisdicción directa de la Academia. El desdén de las clases directoras y el impe-

rio de leyes tiránicas, lesivas de la personalidad nacional vasca, únicamente puede destruirlos la intensificación del vasquismo, hoy en muchos adormecido. Esta intensificación es el remedio más eficaz de todos los imaginables; las lenguas incultas viven en muchos parajes; las desdeñadas mueren en todos. Esperamos que despertará a los durmientes el clamor de las campanas de la resurrección racial, echadas a vuelo. En cambio, la unificación de la lengua y la fecundación del vocabulario, hoy, antes que mañana, debe emprenderlas la Academia.

Cierto es que esa lengua unificada será lengua artificial. Sí, lo será, antes de que la enseñen las escuelas y la difundan los periódicos y los libros, y llegue el día en que los niños, desde la cuna, la oigan hablar. Toda lengua literaria es, en parte, artificial. El castellano de Cervantes no se confunde con el de un carretero aragonés. Además, de ninguna manera cabe impedir que la lengua común de cultura vasca no incurra en la nota de artificial. Supongamos que la Academia adopte un dialecto único, el guipuzcoano, por ejemplo. Dejado aparte el caso de que el guipuzcoano no es la lengua *natural* de los vizcainos, navarros, suletinos y labortanos, resulta que dicho dialecto, como los demás, es el habla de labradores y de pescadores, el habla del vulgo; le faltan cientos y miles de vocablos poseídos por las lenguas cultas, que las clases directoras necesitan. Por tanto, la Academia habrá de enriquecer el vocabulario guipuzcoano mediante el préstamo y el neologismo, y lo volverá, en parte, incomprensible, al vulgo de Guipúzcoa, y con más razón al vulgo de los otros territorios. Pero cuando los hijos de los aldeanos y de los pescadores aprendan en la escuela esa lengua artifi-

cial, dejará de serlo para ellos y sobre todo para sus descendientes.

La lengua vasca unificada y enriquecida, es la lengua de lo porvenir, de no renegar los vascos, vergonzosamente de sí mismos. Si imitan el ejemplo de los pueblos que supieron levantar de la postración a sus idiomas particulares, antiguamente hermosos, pero caídos en el envilecimiento de *patués* rústicos, o poco menos: así los húngaros, finlandeses, bohemios, flamencos, rumanos, yugo-eslavos, griegos y otros.

Atendiendo a estas razones, los firmantes proponen a la Academia, acuerde:

1.º Unificar el euskera sobre la base del dialecto gipuzcoano o del labortano o de ambos previamente combinados, en la forma y modo que indica el presente informe.

2.º Nombrar las diversas comisiones que estime necesarias para dar cima al pensamiento, y que por lo menos pueden ser tres: «De la fonética y ortografía», —«de la gramática», —«del vocabulario» del «euskera unificado».

La Academia, como siempre, decidirá lo que más convenga.

ARTURO CAMPIÓN.

P. BROUSSAIN. <sup>(1)</sup>

Donostia, 24 de Abril de 1920.

---

(1) Lan au, beronen egileak diotenez, Euskaltzaindiaren aginduz eta ez gerorago antolatuturiko batzafetara eramateko, gertu zuten.

Euskaltzaindiak, bere sakontasuna ta gafantsia oafaturik, idaztino beretziki baten argitaratzea erabaki zuan; gañera Bilbon egindako batzafean irakurri zan.